

Álvaro Bisama. MALA LENGUA. UN RETRATO DE PABLO DE ROKHA. Santiago:
Alfaguara, 2020: 272 pp.

Pablo de Rokha es quizás el poeta más inquietante del siglo XX chileno. Para hacer su biografía, Bisama inventó una forma hecha a la medida de la complejidad del personaje. Más que el relato lineal y sistemático de una vida, esta biografía es el intento de explicar esa vida colmada por tormentos y fervores: una existencia trágica y por momentos picaresca donde el fracaso se alterna con amagos de éxito.

A la pregunta inicial de la biografía –¿quién fue el poeta?–, Bisama responde:

...un escritor furioso al que nadie supo leer muy bien, porque él mismo era una vanguardia privada, un ejército de sí mismo y la fábula de una genealogía (...) fue el patriarca de su propio clan y avanzó por su época como una bola de demolición, rompiendo y perdiendo todo a la vez mientras escribía una obra que lo instalaría como uno de los cuatro grandes de la poesía chilena del siglo XX (...) tuvo un clan y una revista y viajó por el país y el mundo y se quedó solo y puso fin a su vida en 1968 cuando nada tenía mucho sentido porque todo lo que había conocido ya no estaba y no le quedaban fuerzas para aguantar lo que viniese (11).

El libro es la expansión de estas consideraciones: una crónica biográfica que se hace cargo de la imposibilidad de abarcar a un poeta siempre en fuga de los estereotipos. Explora la dificultad de retratar a un personaje que en gran medida se construyó a partir de ficciones, de recuerdos difusos y relatos fragmentarios que se insertan y calzan en el rompecabezas de la leyenda de su vida. Así, por ejemplo, Bisama cita a Mario Ferrero, que acompañaba a De Rokha en su vida de vendedor viajero de cuadros y libros. Aquí se esfuma el halo trágico y aparece el picaresco. Los agricultores, sus potenciales clientes, lo invitaban a almorzar, y él los encantaba con sus historias. Recuerda Ferrero:

Era un hombre extraordinariamente simpático que sabía mucho y encantaba su personalidad (...) Y al final, terminaba en una tomatra (...) el comprador se olvidaba de que había comprado los libros y los volvía a comprar a las ocho de la noche; después hacía lo mismo a las dos de la mañana (114).

Bisama acota:

Hay montones de cuentos parecidos. En ellos, el poeta aparece y desaparece en el mapa de Chile. Salta, se pierde, se convierte en un destello; es una anécdota

narrada por otros (...) es una silueta que atraviesa pueblos abandonados, mercados y cocinerías, caminos de tierra, salones de té, chinganas, construcciones de adobe que han sobrevivido a terremotos (115).

Otro componente de ficción en la biografía del poeta se encuentra en sus auto representaciones literarias. Anota Bisama:

... Raimundo Contreras es otra de las máscaras de De Rokha. Es un artefacto narrativo, una máquina autobiográfica. Es la vida que rechazó pero de la que tuvo que inventarse una voz; es el mundo que abandonó y al que solo pudo volver abrazando sus restos sin nostalgias, escribiendo como si se moviese en las ruinas de una lengua secreta (113).

Bisama usa una cantidad de recursos no convencionales en la escritura biográfica, por ejemplo, la interpelación al personaje biografiado: “Imagina que te has inventado otro nombre, porque el que te dieron tus padres ya no sirve” (73).

El autor usa también la conjetura para construir el relato de episodios de los que se sabe poco, como el encuentro del poeta de Licantén con Ginsberg, en una pieza del hotel Bristol, de Santiago:

Quizás conversan sobre William Carlos Williams, que fue su maestro (de Ginsberg) y al que De Rokha conoció en Manhattan (...) O hablan de poesía, del temblor de la escritura, de visiones extáticas o arrolladoras. O hablan de Whitman, que los ronda a ambos (...)

Entonces, quizás De Rokha habla. Sentando en su cama, apurando un vaso de vino mientras esperan que termine el crepúsculo, le cuenta de su propia oración fúnebre (218-19).

El autor muestra un talento especial para hacer que las imágenes hablen, que las viejas fotografías cuenten sus historias. Hace notar que “Carlos (Pablo de Rokha) se enamora de Luisa (Winétt) mirando una foto y luego, hacia delante, su historia siempre estará atada a las imágenes que construirán un relato paralelo...” (50).

La imaginación: es otro recurso para la construcción de la biografía: “Resulta inquietante imaginar a Neruda, a ese joven Neruda, flaco y enfermo de noche y de poesía, leyendo la primera edición de *Los gemidos* en algún momento de de 1922” (94). Luego Bisama regresa a la conjetura: “Quizás Neruda sabe lo que tiene entre las manos (...) está ahí la clase de proyecto que él mismo anhela sin saberlo: tiene en sus manos la fantasía de una obra total, de un resumen del mundo y de la experiencia del hombre en él” (94).

Tenemos que agregar que muy poco después de leer *Los gemidos*, fue en la obra del poeta uruguayo Carlos Sabat Ercaasty, donde Neruda también vió –como

anota en sus memorias— realizada su “ambición de una poesía que englobara no solo al hombre sino a la naturaleza, a las fuerzas escondidas; una poesía epopéyica que se enfrentara con el gran misterio del universo...”¹. Por lo demás, esta parece ser una tentación constante hasta de los poetas ficticios, como Carlos Argentino Daneri, que se propone “versificar toda la redondez del planeta”, en “El Aleph” de Borges,

Frente a *Los gemidos* parte de la crítica “no sabe qué hacer con él. No tiene idea de cómo leerlo”. Pero el joven Neruda escribió una nota breve y elogiosa en la revista *Claridad*; el poeta Aliro Oyarzún, proclamó que De Rokha era “el más alto renovador de valores literarios que haya existido en nuestro continente” (84), y la posteridad terminó por reivindicarlo, cuando el poeta José Emilio Pacheco situó a *Los gemidos*, junto al *Ulises* de Joyce y a *La tierra baldía*, de T.S. Eliot, al evocar el portentoso año literario de 1922. En tanto en el Chile de esa época, los ejemplares de *Los gemidos* “terminaron sirviendo como papel de envolver en una carnicería” (80).

El tema de la guerrilla literaria desde luego es ineludible en esta biografía. Bisama señala que el libro *Neruda y yo*, de De Rokha sea, acaso “la diatriba más brutal de un escritor a otro jamás publicada en Chile” (90). Más adelante escribe:

...muchas veces *Neruda y yo* adquiriría el tono de un monólogo cerrado sobre sí mismo. Pero el volumen era también su propia historia de la literatura chilena, su relato personal, su modo de comprender y ajustar cuentas con un sistema que quería olvidarlo, leyéndolo como una figura anacrónica y violenta, hija de otro tiempo (...)

Neruda y yo era la venganza de los marginados, de los olvidados, de todos aquellos que existían a espaldas de la capital, lejos de las cofradías partidarias y de las bandas negras, ajenas a todo poder.

El libro, por lo tanto, no era sobre Neruda (212-23).

Apunta Bisama que Neruda le contesta tres años más tarde en el poema “Tráiganlo pronto” de *Estravagario*, respuesta que juzga mezquina y distante. Pero este poema debería matizarse con “El enemigo” que Neruda escribe con ocasión de la muerte de De Rokha, después de declarar que lo había visitado en el hospital donde pasó varios meses, agregando que entonces tuvieron “una larga y amistosa conversación”. Los versos de “El enemigo” hablan de un imposible intento de entendimiento:

Hablamos en la claridad/ de un medio día pululante (...)/ Yo creo/ que adentro de él iba el silencio/ que no podía compartirse (...) Allí estábamos cada uno/

¹ Ver Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido*. Santiago: Seix Barral, 2017: 69.

con su certidumbre afilada/ y endurecida por el tiempo/ como dos ciegos que defienden/ cada uno su oscuridad.

El relato biográfico está construido con el oficio de narrador de Bisama: se abre con una escena wagneriana: De Rokha duerme mientras navega por los mares australes y despierta en medio de una tempestad. Sale a cubierta con Mario Ferrero, a quien le dice que están perdidos y tienen que suicidarse antes de que el mar se los trague. Le pasa una pistola chica y él se queda con la Smith & Wesson con la que se matará años después. El capitán de la nave los invita a su cabina. Sirve whisky. Les asegura que esos temporales son parte de la rutina naviera. Ha visto cosas peores. Nadie va a morir “por ahora”, acota el marino, como si insinuara el sentido de esta escena que es el aplazamiento del suicidio, que a su vez será el desenlace de la historia que empieza a contarnos el libro.

El relato progresa con un ritmo notable y remata en una escena magistral: en los funerales de De Rokha, cuando todos los discursos se han silenciado, se escucha un formidable coro de pájaros que lo despiden.

Tal vez la más poderosa de las auto-representaciones de De Rokha en su poesía fue la del fracasado: “Yo soy como el fracaso total del mundo”. Pero hubo otros tiempos y momentos, por ejemplo, como socio fundador de *Chile agrícola*, una empresa que ofrecía monografías de propiedades, familias y empresas rurales, pudo vivir con cierta holgura. Cuando la empresa se hunde comienza lo que Bisama describe como “la intemperie y el frío, la llegada de la muerte y la pobreza que solo puede narrarse como leyenda” (100).

En otros pasajes el libro muestra que no todo fue fracaso: a mediados de los años 40 su obra se traduce al inglés y se incluye en importantes antologías de poesía hispanoamericana contemporánea. Cuando su amigo Juan Antonio Ríos llega a la presidencia de la república, le ofrece a él y a su mujer, Winétt, una especie de embajada cultural que los llevará a viajar por distintos países de América dando conferencias y recitales que atraen a gran cantidad de público. Recorren Perú, Ecuador, Visitan México y los Estados Unidos. En Washington graban sus poemas para la Biblioteca del Congreso. Siguen a Nueva York y Miami, desde donde pasan a Cuba. En Venezuela se reúnen con el novelista Miguel Otero Silva, uno de los grandes amigos de Neruda. En Colombia los invitan a comer en el Country Club de Bogotá. De Rokha y su mujer están vestidos de etiqueta, pero los llevan a otro sitio, más apropiado para un poeta del pueblo. Siguen viaje a Bolivia, Uruguay y Argentina, donde se quedarán dos años.

En 1962 recibe el Premio Nacional del Pueblo en un gran homenaje popular que le tributa la comuna de San Miguel. En 1965 finalmente le otorgan el Premio Nacional de Literatura, aun cuando en el jurado tenía asegurados los votos adversos de Tomás Lago y Raúl Silva Castro. Aclaremos que Lago ya no era del grupo de amigos de Neruda. Hacía diez años había roto con él a raíz de su separación de Delia del Carril.

En 1966 De Rokha pasa a ser hijo ilustre de Licantén. Su nombre, además se inscribe entre los grandes de la poesía chilena. Es acogido por la China de Mao, en fin, honores y reconocimientos no le faltaron. Pero paralelamente transcurría el acontecer infausto, principalmente en su vida familiar.

Al comentar su libro *China Roja*, Bisama afirma que éste es “la añoranza de cierta pureza” y que después de “tanta traición y silencio, de tanto enemigo impuesto, de tanta revelación demoledora (con las purgas de Stalin a la cabeza), China y Mao le ofrecieran la renovación de un horizonte...” (230-31). Es difícil entender estas afirmaciones, puesto que en 1956 la URSS reconoció los crímenes de Stalin y descabezó a la vieja guardia stalinista, ejecutando entre otros a Laurentis Beria. La desestalinización soviética fue vista como el abandono de los principios del marxismo leninismo por los chinos y el llamado revisionismo soviético fue una de las causas del cisma entre Rusia y Pekín.

Esta biografía abre ciertas interrogantes. Por ejemplo, después de la caída de la dictadura de Ibáñez, en 1931, De Rokha declara: “Me acribilla la preocupación trágica de no haberme jugarme heroicamente entero contra Ibáñez...” (121). En 1938 apoya la candidatura de Ibáñez a la Presidencia de la República. ¿Qué motivó un cambio tan radical? Además: ¿qué hizo el poeta en los dos años que estuvo en Argentina? Luego: ¿cómo se condujo durante el gobierno de González Videla? Este libro solo nos dice que defendió al Neruda perseguido en su *Arenga sobre el Arte*. Por último: ¿Se pronunció de alguna manera frente a la Revolución cultural china que se inicia en 1966?

Pero tal vez estos vacíos debería llenarlos otro tipo de biografía. La presente cumple con intentar el difícil retrato del poeta Pablo de Rokha.

Darío Oses
Universidad Finis Terrae